

Parte I

Reflexiones teóricas en torno a la cultura digital

Capítulo 1

Apuntes para una etnografía plana de la comunicación y de la cultura digital

Isaac de Jesús Palazuelos Rojo
Universidad Autónoma de Baja California
<https://orcid.org/0000-0001-8150-9201>

<https://doi.org/10.61728/AE20252182>



Introducción

¿Es posible el estudio etnográfico de la comunicación y de la cultura digital desde la Teoría del Actor-Red (TAR)? Más allá de la epistemología tradicional de las ciencias sociales, desde la ruptura de Bachelard (2000) hasta la naturaleza ideológica en Bourdieu (1994), nuestra interrogante constituye un punto de partida ontológico. La síntesis teórica que subyace a los procedimientos metodológicos y las operacionalizaciones empíricas aspira a cuestionar una vitalidad antropocéntrica en la definición del objeto de estudio. Además, presupone que nuestro punto de partida es una apuesta filosófica por reconocer que la resolución conceptual debe orientarse hacia una función analítica, es decir, hacia una cuestión de método. Debemos, entonces, asumir la tarea de diseñar su instrumentación, pero también replantearnos ontológicamente la dimensión antropológica que fundamenta nuestra labor como estudiosos de la cultura y la comunicación digital. Asimismo, desde una lógica de segundo orden, podemos abordar el propio replanteamiento de nuestro objeto de estudio en un sentido multidisciplinario.

Por tanto, el método debe tener la cualidad de construir una antropología plana y rizomática como una forma posible (Latour, 2008; Deleuze y Guattari, 1997). Para ello tiene que demostrar su dominio en el rastreo de ensamblajes y asociaciones que dan lugar a ese tejido que, sin recurrir a esencialismos, podemos augurar su correspondencia a un cierto orden de lo social (DeLanda 2021; Latour, 2008). No se trata nuevamente de tener que justificar nuestra labor, pues hoy más que nunca las sociedades “modernas” reconocen la profunda necesidad de su autocomprensión, intervención y diseño estratégico, ya sea que se trate de instituciones públicas o privadas, ya sea que se trate de organizaciones económicas o políticas. Entonces, la respuesta a nuestra pregunta inicial es más bien una apuesta por reconfigurar nuestras reflexiones de acuerdo con la demanda de un mundo cada vez más complejo e interconectado, en el que el dis-

curso antrópico se juega la hegemonía narrativa entre mares convulsos de retóricas trans-posthumanistas, ensamblajes y perspectivas complejas (Fernández, 2021; DeLanda, 2021; Cornejo, 2017; Morin, 1990).

En este sentido, la instrumentación conceptual de la teoría del actor-red desplegada en recientes proyectos de investigación presenta un vínculo exponencial con la integración del actante tecnológico, como una variable *sine qua non* en la problematización de estudios sobre cultura y comunicación digital que se han publicado durante la última década (Soto, 2021; González y Maldonado, 2019; Arellano, 2015; Echeverría y Gonzalez, 2009). Frente a este contexto, lo que en principio se presentaba como una relación casi natural entre la TAR y los fenómenos empíricos atravesados por la cultura o la comunicación digital, sirve ahora como punto de partida para preguntarnos: ¿Cuál es la labor de las ciencias antropológicas frente a la emergencia protagónica del actante rizoma y el impacto de su agenciamiento en la construcción de lo social? ¿Cómo podemos desechar la mirada antropocéntrica en la interpretación de fenómenos que en apariencia corresponden a un orden estrictamente social y humano? ¿Cuál es la verdadera labor de la comunicación y otras disciplinas sociales en las proyecciones de la multidisciplinariedad y las interpretaciones complejas?

En el presente ensayo analizamos la Teoría del Actor Red desarrollada por Bruno Latour (2008), para entender las características que facilitan su operacionalización en el estudio de las realidades sociotecnológicas. En paralelo, exponemos que esta fluida articulación entre teoría y empiria, es un punto de partida para dar respuesta a las interrogantes que nos hemos planteado, al reconocer la necesidad de reflexionar la instrumentación metodológica de dicho marco conceptual en el estudio de las asociaciones humano-máquina, así como las realidades sociales que de éstas se derivan. Nuestro objetivo es el de tejer una traducción empírica de la TAR, a través de una instrumentación metodológica de corte etnográfico para el estudio de la comunicación y de la cultura digital. La justificación de este propósito radica principalmente en el reconocimiento de que, en la actualidad, tanto la cultura como la acción comunicativa son dos de las dimensiones empíricas que, con mayor vehemencia, se presentan a sí mismas como un constructo de la asociación entre actores humanos y actantes tecnológicos (Sáez, 2011; González y García, 2013).

Rastrear conexiones nuevamente

La premisa de la tierra prometida no es más que un artificio usado por Latour (2008) para metaforizar la esperanza sacralizada en las tradiciones epistemológicas de las disciplinas sociales, de que en algún momento llegaría la ciencia y el objeto de estudio prometidos. Toda una suerte de empirismo lógico en el que sería posible recortar una muestra de tal o cual fenómeno estructurado, para llevarla a un laboratorio y someterla a las más diversas pruebas o reactivos. Con sutil magisterio, el autor nos reintroduce al problema básico de la definición del objeto y, en consecuencia, a la pregunta sobre qué es lo social (Latour, 2008; DeLanda, 2021). Aquí, la imprecisión conceptual del fenómeno tiene la cualidad de desdibujar la constatación empírica del mismo, lo cual supone un problema de orden metodológico, porque no sabemos con plena certeza cómo nombrar a lo que nos enfrentaremos ni tampoco sabemos cómo calcular sus límites espaciales o simbólicos.

Si bien los tipos ideales tienen un gran valor en la operacionalización empírica de las tradiciones epistemológicas de las ciencias sociales (Halas, 2020), el autor prefiere enfrentarse a un proyecto mucho más turbio, con la ambición de alcanzar visiones ontológicas a través de su propuesta teórica, apostando no por un conjunto de cosas y estructuras dadas, sino por el análisis y la comprensión de las asociaciones y las formas de asociación que hacen lo social, es decir, lo que está asociado en ese conjunto social, o más bien, lo que está en proceso de asociación constante en eso que llamamos lo social. En parte esto supone un tipo de estudio de conexiones: un rastreo de conexiones (Latour, 2008).

Hay un particular énfasis en sustituir la palabra composiciones por la de asociaciones, lo cual resulta en un interés por comprender la formación de redes y conexiones en lugar de querer desintegrar estructuras rígidas cuasi monolíticas. Esta característica no tardó mucho en hacer un *match* perfecto con la computación, la cibernética y la cibercultura, así como también con la creciente dispersión de la noción de redes en diversos ámbitos de la vida social y el valor conferido a las conexiones de diferente índole. Este proceso fluyó desde aspectos comunicacionales básicos, como el uso común del argot al hablar de conexiones, redes

y ontologías planas, pero también desde diversos niveles de dominio teórico, configurando un fuerte vínculo entre la TAR, la comunicación digital, la ciencia y la tecnología (Martínez-Sahagún y Escudero-Nahón, 2018; Reynoso, 2018).

Esta correspondencia entre teoría y empiria continuó su proceso de consolidación cuando encontró la triada perfecta en los emergentes análisis de Big Data, particularmente aquellos que se dedicaron a modularizar y graficar redes, como la creciente oleada de estudios de opinión pública o de comunicación política que se ha dado en la última década, en los que las visualizaciones gráficas de la formación de redes han jugado un papel importante en los procedimientos metodológicos de investigaciones que abordan estos fenómenos en el contexto de la cultura y la comunicación digital (Ábrego, Bona y Reguillo, 2018; Toret, 2013). Si el reto consiste en rastrear asociaciones para comprender la formación de redes y conexiones o entender las complejas determinantes causales de la acción, la creación de modularidades asistida por *software* como *Gephi* o lenguajes como *R* prometen un desempeño prominente en esta tarea. Entonces, el compromiso de rastrear conexiones parece tener un vínculo amigable con el uso de tecnologías computacionales en operaciones metodológicas, pero también con las propias características empíricas de los nuevos fenómenos que son del interés de la comunicología y las ciencias antropológicas en general.

Las más recientes aportaciones al método etnográfico han dejado atrás la necesidad de justificar su actuación frente a la ciencia positivista; consecuentemente, el método ha dejado de definirse como un fundamentalismo cualitativo en contraposición a las aproximaciones nomotéticas (Chávez y Fernández, 2020; Peláez, 2013). En este sentido, consideramos que la creciente tendencia de los estudios de etnografía digital en el contexto de las investigaciones sobre cultura y comunicación digital termina por coronar a este cuarteto formado por los fenómenos sociotecnológicos, la TAR, el Big Data y la etnografía digital. Argumentamos que esta última debe ocupar un lugar sustancial, ya que es la única que tiene la cualidad de dilucidar el sentido ontológico en el rastreo de asociaciones, mediante el análisis semántico de la relación sujeto-objeto (Dietz, 2011). En otras palabras, el sentido de la visualización de redes como parte del

proceso de rastreo de asociaciones solo puede ser entendido a partir de su valor semántico e idiográfico (Palazuelos et al., 2024). Detectar un tipo particular de asociación es un punto de partida para posteriormente introducirse en la comprensión de las causas de la asociación, así como los motivos que la harán perdurar, transformarse o desvanecerse en el tiempo. Es fácil imaginar en estos términos el proceso de formación y deformación de grupos que ha caracterizado a la evolución de los medios digitales, desde ARPANET y los primeros Bulletin Board System (BBS), hasta la actual competencia global por la inteligencia artificial (IA), desde Silicon Valley pasando por Bengalaru hasta llegar a Shenzhen.

Formación deformación de grupos

La aproximación a la complejidad que sugiere el enfoque de la teoría de ensamblajes en DeLanda (2021), tiene un gran atractivo para diversas perspectivas que aspiran a comprender la relación entre un sistema y sus componentes, en el sentido que Deleuze y Guattari (1997) le da a las entidades concebidas como hechas de partes heterogéneas, como ensamblajes, procesos cosmológicos o evolutivos, pero no solo los conferidos por el ser humano, sino también aquellas que se forman en la disposición de un conjunto de elementos de naturalezas diversas, las cuales se articulan en la virtualidad de un hecho o acción social en potencia, es decir, la convergencia entre diferentes actores humanos y actantes no humanos, mediante procesos complejos de asociación que determinan la formación o deformación de grupos (Latour, 2008).

Como Peña-Fernández et al. (2022) demuestran en su trabajo sobre la red de TikTok, la mayor parte de los contenidos presenta una orientación hacia la formación de comunidades de usuarios, apelando al potencial de su viralidad. No es casualidad que la figura del *community manager*, como trabajo emergente, tenga un papel relevante no solo en el desarrollo mediático de las empresas u organizaciones para las cuales trabaja, sino también en la tarea de modelar el ensamblado de grupos y asociaciones, sorteando la posibilidad catastrófica de enfrentarse a la merma que supone la desintegración de estas comunidades (Mañas Viniegra y Jiménez Gómez, 2019; Roldán, 2017). Consecuentemente, la idea de que

no existen grupos, sino la formación o deformación de grupos (Latour, 2008), presenta un paralelismo con la cultura y la comunicación digital, al canalizar su atención en la formación de comunidades o asociaciones por principios de convención, acción y comunicación (Siles, 2005).

En este sentido, el estudio etnográfico de la cultura y la comunicación digital no debe centrarse en los grupos o comunidades virtuales vistos como una estructura dada, sino en los procesos mediante los cuales diferentes entidades se asocian o disocian para formar y deformar grupos, poniendo un particular énfasis en la capacidad que tienen los elementos asociados para afectar o ser afectados una vez que forman parte de un determinado ensamblaje (DeLanda, 2021). En paralelo, la etnografía digital como método de una antropología plana es de utilidad para superar la vieja dicotomía entre el mundo analógico y el virtual, puesto que todo proceso de digitalización o dataficación está conectado con otros ensamblajes materiales, culturales, económicos y políticos, que pueden afectarse mutuamente. Derivado de lo anterior, una comunidad virtual puede tener cierto grado de territorialización o noción de borde, pero al mismo tiempo, forma parte de otros ensamblajes en los que participan actores o actantes que, aunque en apariencia sean distantes a la comunidad, tienen la capacidad de afectarla de manera positiva o negativa.

Multiplicidad de agencias

De acuerdo con la TAR, el surgimiento de una acción no es meramente de carácter espontáneo y, a pesar de que pueda tener una orientación con arreglo a fines, no puede desarrollarse por sí misma, sino como un conjunto de otra gran multiplicidad de acciones (Latour, 2008). En este sentido, la agencia se entiende como una articulación compleja entre diferentes actores y actantes que, al asociarse, posibilitan el desarrollo de la acción y no como una autodeterminación autónoma. A decir que toda acción surge *a priori* de una multiplicidad de acciones y deviene *a posteriori* en otro conjunto de acciones. La fuente de la acción es un conjunto de acciones previas que posibilitan la acción en cuestión, así como también otras acciones (Latour, 2008).

Este es uno de los principios básicos de la complejidad en la propuesta teórica del autor; su instrumentación metodológica conduce nuevamente al rastreo de asociaciones, pero en este caso, los factores asociados que se buscan son otras acciones. De esta manera, el actor-red es plano porque sus acciones dependen de otras acciones y generan a su vez nuevas acciones; el actor es un nodo de la red compuesto por otras acciones dispersas que se expresan en un nuevo conjunto de acciones acotadas a la territorialidad de una entidad ensamblada (DeLanda, 2021). Desde esta perspectiva, tanto las acciones como los actores tienen un valor ontológico, contingente y no lineal. Esto no implica que no se pueda planear o diseñar un conjunto de acciones estructuradas, pero sí tiene otras implicaciones, como el hecho de que sea más difícil medir las consecuencias de una acción, calibrar su efectividad o mantener bajo control su dispersión, puesto que, en ocasiones, una unidad, por pequeña que sea, puede afectar al ensamblaje en su totalidad (DeLanda, 2021). Por tanto, rastrear conexiones implica rastrear acciones que conectan en un punto común que es siempre una nueva acción o conjunto de acciones.

Para los estudiosos de la comunicación y la cultura digital, este esquema ha resultado de gran utilidad a la hora de analizar la formación de multitudes conectadas en torno a un caso de interés público o de relevancia política, así como la viralidad de ciertos contenidos que van marcando la agenda mediática. Por ejemplo, el escándalo de Cambridge Analytica y el uso de datos de ciudadanos para manipular las campañas electorales y modelar la opinión pública en Estados Unidos de América implicó acciones previas como el desarrollo de la plataforma de Facebook, cuya génesis dista muchísimo de su actual valor tecnopolítico. Otra de las acciones importantes para esta contingencia fue la creación de aplicaciones de terceros, así como el desarrollo de algoritmos y técnicas de minería de datos que, consecuentemente, dieron lugar a la posibilidad de construir campañas electorales personalizadas y estratificadas.

La emergencia de las llamadas redes sociodigitales y de la comunicación digital está transformando los procesos electorales y las maneras de hacer campaña política en casi todo el mundo, pero también muchas otras dimensiones de la vida social, como los currículos o los procedi-

mientos pedagógicos al interior de las instituciones educativas. Tales transformaciones, que se aprecian en acciones concretas a la hora de hacer campaña o de impartir clases, tienen de trasfondo una multiplicidad de acciones asociadas con la minería, la evolución de los medios, el desarrollo tecnológico, la investigación, así como el diseño y venta de dispositivos tecnológicos que inicialmente no tenían un vínculo intrínseco con la política o la educación, pero que en la actualidad presentan una asociación vital con estas dos dimensiones. Tanto la comunicación política como la transmisión del conocimiento son impensables hoy en día sin estas herramientas (Viñas et al., 2023; Villarreal-Villa et al., 2019).

En términos metodológicos, no se trata de perderse en galimatías sin delimitación alguna, pero sí de ser conscientes de que el aislamiento de muestreos aleatorios o por conveniencia no puede formar parte de un procedimiento válido ni posible dentro de los términos que la Teoría del Actor-Red (TAR) propone. Por tanto, identificar a los actores, actantes y acciones que participan en el proceso de asociación que da lugar a determinados ensamblajes constituye un principio ontológico en la investigación que el método de la etnografía digital debe ser capaz de construir en torno a los fenómenos sociotecnológicos. A primera vista, este principio podría parecer simplista; sin embargo, es válido para permitirnos sorprendernos con el tejido de los hallazgos y evitar problematizar con respuestas previas que validan hipótesis innecesarias o banales. No se trata de descomponer y explicar la estructura de un fenómeno dado para concluir con explicaciones cíclicas que expongan axiomas evidentes desde el inicio, sino de comprender el proceso de asociación de las partes de un fenómeno para situarlo en un conjunto de ensamblajes complejos que expliquen el proceso de agenciamiento que posibilita su existencia y transformación (DeLanda, 2021).

Por esta razón, el concepto de cultura digital rompe con la linealidad clásica de distinciones como productor-consumidor o emisor-receptor, al tiempo que sintetiza visiones utópicas con narrativas distópicas y opera principalmente a través de mediaciones (Lasén, 2014). La cultura digital no es, por excelencia, un conjunto de grupos categorizables con características o condiciones estáticas en el tiempo, sino una red de interconexiones globales complejas de elementos heterogéneos que se asocian para formar diferentes tipos de ensamblajes.

El agenciamiento del actante rizoma

Si partimos de una metáfora ecológica, podemos ver transformaciones importantes a partir de la inserción de una especie nueva dentro de un determinado ecosistema, así como podemos ver consecuencias tremendas con la extinción de alguno de sus organismos. Si de la noche a la mañana desaparecieran las abejas, el mundo que conocemos actualmente se transformaría de manera radical, lo mismo si de pronto desaparece toda la literatura latinoamericana o rusa. Por ejemplo, el covid-19 es un virus que fue capaz de transformarse y adaptarse al entorno aferrándose a la vida (como todo organismo u organización lo intenta), contagiando y provocando la muerte de enormes sectores de la población mundial, lo cual transformó de manera radical las dinámicas políticas, económicas, culturales y migratorias a nivel global. Algo similar está sucediendo con la asociación entre el cobalto, el litio, el coltán y el silicio, en la formación de componentes básicos como los circuitos integrados, baterías, pantallas y los servidores en la nube que soportan la existencia de la IA, misma que se ensambla con otros actores a nivel económico y geopolítico, transformando por completo nuestra realidad y devenir histórico.

Derivado de lo anterior, la heterogeneidad de las partes de un ensamblaje no se refiere únicamente a la diversidad de condiciones o naturalezas de las que provienen, sino a su capacidad de agenciamiento en la construcción de lo social, en el sentido que Deleuze y Guattari (1997) le dan al concepto de agenciamiento, concebido no como una autonomía o actor que se mueve de manera independiente, sino desde su capacidad de asociarse con otros elementos para participar en el ordenamiento de lo posible, es decir, de una entidad ensamblada. De acuerdo con DeLanda (2021) y Latour (2008), en este proceso de agenciamiento participan también actantes no humanos o no sociales, lo cual supone una de las rupturas más grandes a nivel epistémico, ya que contradice uno de los reduccionismos explicativos más empleados en las ciencias sociales, que es la noción de que la realidad social es una construcción social. El traslado ontológico que plantean estos autores critica la postura de que la fuente de lo social sea lo social; es decir, no es posible construir lo social con elementos sociales, sino con elementos heterogéneos de distintas naturalezas que al ensamblarse adquieren un sentido social (Latour, 2008).

Derivado de lo anterior, lo social no se entiende como un compuesto de sujetos sociales, sino como un ensamblaje de personas y cosas, que adquieren un sentido social en el proceso de agenciamiento que les asocia como una entidad o territorialidad determinada. En este punto se hace necesaria la sensibilidad que habrá de transportar el método etnográfico del *ethnos grapho*, al *prágma grapho*, considerando al hecho como una cosa, la cosa como una causa del hecho, la causa o cosa como el caso en sí. Este encuadre termina por embonar con singular sutileza en las narrativas de la tecnofilia, el futurismo ciborg y el posthumanismo. De la misma manera que se dejó de concebir a la tierra como el centro del universo, esta postura promueve la descentralización del actor humano, para colocarle en un complejo sistémico en el que interactúa de manera plana con otros actantes, con los que se asocia para formar determinadas territorialidades o ensamblajes sociales (DeLanda, 2021; Latour, 2008). En este punto es posible conjeturar que la ontología de lo social es plana; desde su génesis se compone a partir de procesos de ensamblaje entre diversas dimensiones que, al mediarse por la técnica, le confieren un valor político.

De esta manera, en las realidades sociales con poca o menor sofisticación tecnológica, resulta mucho más sencillo contemplar las múltiples ontologías, en las edades de piedra o de hierro, por ejemplo. Incluso si en un ejercicio didáctico vamos más atrás en el tiempo, este rechazo antropocentrista nos ilustrará el cómo entender que, pese a su manipulación técnica, las flores usadas en pigmentos y los pelos de camello usados en la elaboración de pinceles utilizados en las pinturas rupestres no fueron creados por la humanidad. Más allá de su posible manipulación, al igual que en el litio y el silicio, hay en estos elementos una suerte de disposición a ser y estar. En este sentido, la comunicación y el lenguaje como tecnología primaria hacen del salvaje un ciborg, ensamblado de artificios culturales y sustancias provenientes de complejas naturalezas que escapan a su control, contrario al planteamiento antropocéntrico. La propuesta es tan profunda que no solamente nos permite imaginar al cavernícola como un humano-máquina, sino que nos conduce a contemplar al lenguaje y la comunicación como una forma primaria de tecnología aplicada, pero aún más, nos ayuda a entender una relación intrínseca entre cultura y tecnología. A través de la tecnología, los sujetos sociales pretenden en-

contrar el camino que los ha de conducir hacia sí mismos, reivindicando su propia subjetividad, pero el proceso de autoconocimiento también implica formas de colonización subjetiva y condicionamientos sociales.

Si, como señala Baudrillard (1969), el objeto no es tal sino en la medida en que tiene un signo que se relaciona en una red compleja de otros objetos-signo que le otorgan un sentido coherente, entonces, el sujeto tampoco es tal sino en la medida en que se relaciona con esos objetos que le confieren de manera agenciada un sentido social mediante la asociación sujeto-objeto. Hay suspenso en el aire, pero en nuestro camino de regreso de este viaje astral, podemos ver con mayor claridad que el problema reside en la obstinación de augurar novedosos conceptos o preceptos metodológicos cuando, desde siempre hasta ahora, la etnografía ha tenido el compromiso de entender las relaciones complejas entre el humano y el entorno de cosas con las que cohabita, con el propósito de construir esquemas explicativos de cómo esta relación adquiere un sentido social (Razeto et al., 2019; Sánchez-Maldonado, 2018; Fonck y Jacob, 2018). Es momento de abandonar la soberbia antropocentrista y regresar a nuestras raíces para comprender lo arcaico de lo tecnológico, para analizar el conjunto de sistemas de disposiciones humanas y no humanas que dan sentido a lo social, pero aún más, a la comunicación y la cultura como dos cuestiones intrínsecamente ligadas a la tecnología.

Conclusiones

En el presente trabajo planteamos un distanciamiento de los paradigmas antropocéntricos, para definir una etnografía basada en la teoría del actor-red. Construimos la propuesta de una metodología plana capaz de reconocer y visibilizar la heterogeneidad de actantes no humanos y actores humanos que participan en la construcción de lo social, así como la multiplicidad de agencias que posibilitan la acción. Este desplazamiento de la centralidad humana nos permitió focalizar la atención en el rastreo de asociaciones para la elaboración de análisis más dinámicos en torno a la comunicación y la cultura digital. Para ello, argumentamos que, una vez rastreados, los ensamblajes pueden ser abordados desde sus dimensiones semánticas, tecnológicas o políticas. Más allá de una mera articulación

conceptual, nuestra propuesta exige una reflexión en las maneras de hacer etnografía, esto con la intención de readaptar el método desde un enfoque multinivel que sea capaz de abordar la complejidad de los fenómenos sociodigitales, reconociendo la relación intrínseca que existe entre comunicación, cultura y tecnología.

Argumentamos que las comunidades digitales no pueden estudiarse como formaciones estructurales fijas o estáticas, sino como procesos de formación-deformación de grupos y asociaciones de múltiples agencias. Con esta postura buscamos superar enfoques estructuralistas y constructivistas clásicos, para subrayar el valor contingente y la fluidez de los ensamblajes sociales. En este sentido, planteamos que la etnografía digital constituye una herramienta privilegiada, no solo por su capacidad de situar los fenómenos en contextos complejos, sino por su experiencia a la hora de comprender la construcción de sentidos sociales a partir de la relación entre sujeto y objeto, entre lo material y lo simbólico. Consecuentemente, señalamos que las visualizaciones de redes asistidas por la minería de datos vinculadas con el análisis semántico de la etnografía digital no se reducen a recursos técnicos de la investigación, sino que son formas de entender la lógica de asociación mediante la cual se articulan la comunicación y la cultura digital, las cuales no pueden ser entendidas sin el soporte material de las plataformas o algoritmos.

Por último, en el trabajo ofrecemos una crítica a las posturas reduccionistas que definen a lo social como fuente de lo social, para comprender desde posibilidades ontológicas la construcción de lo social a partir de la asociación entre sujetos y diversas materialidades mediadas por la técnica. Este enfoque plano nos permite entender el desarrollo tecnológico no como una manipulación técnica humana, sino como un conjunto de asociaciones de diversas formas de disposición que resultan en un vínculo intrínseco entre cultura y tecnología. Por tanto, no solo lo digital transforma los modos de existencia y organización colectiva, sino que el propio desarrollo de la cultura y la comunicación en general presenta una asociación directa y genérica con cualquier forma de tecnología. Frente a este contexto, la etnografía debe abandonar proyectos que plantean la nostalgia por supuestas purezas metodológicas, para así retomar su característica sensibilidad frente a múltiples ontologías que se asocian en la construcción de lo social, particularmente de aquellas realidades que son mediadas por lo tecnológico.

Referencias bibliográficas

- Ábrego, V. H., Bona, Y., & Reguillo, R. (2018). *Inteligencia digital electoral, 2018. Tercer #DebateINE a la presidencia*. ReI ITESO.
- Arellano Hernández, A. (2015). ¿Puede la noción foucaultiana de dispositivo ayudarnos a eludir los resabios estructuralistas de la teoría del actor-red para avanzar en el estudio de la investigación tecnocientífica? *Redes*, 21(41), 41-74. R <https://www.redalyc.org/pdf/907/90748415002.pdf>
- Bachelard, G. (2000). *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos* (F. González Aramburu, Trad.). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1968).
- Bourdieu, P. (1994). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama.
- Chávez Ángeles, M. G., & Fernández Tapia, J. (2020). Etnografía cuantitativa: Revitalización lingüística y difusión de las tecnologías digitales en municipios de Oaxaca, México. *Alteridades*, 30(59), 111-121. <https://doi.org/10.24275/uam/izt/dcsh/alteridades/2020v30n59/Chavez>
- Cornejo, S. (2017). La relación naturaleza y ser humano, tecnología y biología bajo la luz del posthumanismo. *Revista Antropologías del Sur*, 4(8), 215-232.
- DeLanda, M. (2021). *Teoría de los ensamblajes y complejidad social* (C. de Landa Acosta, Trad.). Tinta Limón.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1997). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Dietz, G. (2011). Hacia una etnografía doblemente reflexiva: una propuesta desde la antropología de la interculturalidad. AIBR. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 6(1), 3-26. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62321332002>
- Echeverría, J., & González, M. I. (2009). La teoría del actor-red y la tesis de la tecnociencia. *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 185(738), 705-720. <https://doi.org/10.3989/arbor.2009.738n1047>
- Fonck, M., & Jacob, D. (2018). “Escuchando el llamado del bosque”: explorando las dimensiones afectivas de la conservación ambiental desde la etnografía multiespecies. Santuario El Cañi, Chile. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (35), 221-238.

- González, F. J., & Maldonado, J. F. (2019). La teoría del actor-red y su aplicación en la administración: una revisión crítica. *Cuadernos de Administración*, 32(58), 3-19. https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cuadernos_admon/article/view/24216/23473
- González, Y. M., & García, A. P. (2013). El proceso de comunicación mediado por las tecnologías de la información y la comunicación. *Medisur*, 11(4), 344-350. <http://scielo.sld.cu/pdf/ms/v13n4/ms04413.pdf>
- Halas, J. (2020). Los tipos ideales de Weber y la idealización. *Stoa*, 11(21). <https://doi.org/10.25009/st.2020.21.2590>
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red* (G. Zadunaisky, Trad.). Manantial. https://seminariosocioantropologia.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/08/orca_share_media1470719009830-1.pdf
- Lasén, A. (2014). La cultura digital. *Revista de Estudios de Juventud*, (104), 25-37. R https://www.researchgate.net/publication/305446340_La_cultura_digital
- Martínez-Sahagún, D., & Escudero-Nahón, A. (2018). Revisión crítica desde la teoría del actor-red de los modelos de la comunicación de la ciencia y la tecnología. *Revista Internacional de Tecnología, Ciencia y Sociedad*, 7(2), 43-56. https://d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net/58002752/pp._43-56__1807_-libre.pdf
- Morin, E. (1990). Introducción al pensamiento complejo. Recuperado de <https://campus.unirep.edu.ec/pruebas/files/coursecontent/construccionismo/recursos/documentos/u1doc1.pdf>
- Palazuelos Rojo, I. de J., Valdéz Gardea, G. C., & Martínez Arellano, N. A. (2024). Etnografía y big-data: una propuesta complementaria para el estudio de la comunicación digital. En I. de J. Palazuelos Rojo, H. Méndez-Fierros, & C. Fernández Huerta (Coords.), *Etnografías digitales: Aproximaciones etnográficas en la era de la hipermediatización digital* (pp. 21-50). Astra Ediciones. <https://doi.org/10.61728/AE24100021>
- Peláez, I. E. (2013). Repensar el método etnográfico: hacia una etnografía multitécnica, reflexiva y abierta al diálogo interdisciplinario. *Antípoda*. *Revista de Antropología y Arqueología*, (16), 11-30. <https://doi.org/10.7440/antipoda16.2013.01>
- Peña-Fernández, S., Larrondo-Ureta, A., & Morales-i-Gras, J. (2022).

- Información de actualidad en TikTok. Viralidad y entretenimiento para nativos digitales. *Profesional de la información*, 31(1), e310106. <https://doi.org/10.3145/epi.2022.ene.06>
- Razeto, J., Skewes, J. C., & Catalán, E. (2019). Prácticas de conservación, sistemas naturales y procesos culturales: Apuntes para una reflexión crítica desde la etnografía. En C. Cerda, E. Silva-Rodríguez, & C. Briceño (Eds.), *Naturaleza en sociedad: Una mirada a la dimensión humana de la conservación de la biodiversidad* (pp. 75–106). Ocho Libros Editores.
- Reynoso, C. (2018). El análisis de redes sociales y la tentación de la teoría del actor-red: Una demarcación necesaria en los estudios territoriales. *Desenvolvimento, Fronteiras e Cidadania*, 2(1), 28-31.
- Roldán Zuluaga, S. (2017). *Community Management 2.0: Gestión de comunidades virtuales*. Ecoe Ediciones.
- Sáez Vacas, F. (2011). *Cultura y tecnología en el nuevo entorno tecnosocial*. Fundetel. https://oa.upm.es/15988/1/Entorno_Tecnosocial_2011.pdf
- Sánchez-Maldonado, J. (2018). Familias-más-que-humanas: sobre las relaciones humanos/no-humanos y las posibilidades de una etnografía inter-especies en Colombia. *Desenvolvimento e Meio Ambiente*, 49, 305-317. <https://doi.org/10.5380/dma.v49i0.53754>
- Siles González, I. (2005). Internet, virtualidad y comunidad. *Revista de Ciencias Sociales* (Cr), II(108), 55-69. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/153/15310805.pdf>
- Soto, M. (2021). Ciencia, tecnología y discapacidad: apuntes para pensar la discapacidad desde la teoría del actor-red y el enfoque semiótico material. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad - CTS*, 16(47), 1-19. <https://www.redalyc.org/journal/924/92478143003/92478143003.pdf>
- Toret, J. (Coord.). (2013). *Tecnopolítica: la potencia de las multitudes conectadas. El sistema red 15M, un nuevo paradigma de la política distribuida*. UOC-IN3. [https://tecnopolitica.net/sites/default/files/1878-5799-3-PB%20\(2\).pdf](https://tecnopolitica.net/sites/default/files/1878-5799-3-PB%20(2).pdf)
- Viñas, R., Belinche, M., Secul Giusti, C., & López, Y. (2023). Comunicación política en la era digital y su vinculación con el territorio: Disputas y tensiones en el escenario latinoamericano. *Más Poder*

Local, (51), 43–59. <https://doi.org/10.56151/maspoderlocal.118>
Villarreal-Villa, S., García-Guliany, J., Hernández-Palma, H., & Steffens-Sanabria, E. (2019). Competencias docentes y transformaciones en la educación en la era digital. *Formación Universitaria*, 12(6), 3-14. <https://doi.org/10.4067/S0718-50062019000600003>

